

XXIX

Negocios de Estado y negocios de familia

Al salir el duque de la Bastilla, había conducido á Elena á su casa, prometiéndola que iría á verla como de costumbre, desde las ocho hasta las diez de la noche, cuya promesa hubiera la joven agradecido doblemente si hubiese sabido que aquella misma noche tenía el duque un gran baile de máscaras en Monceaux.

Al momento que entró en el Palacio Real, el regente preguntó por Dubois, y le contestaron que se hallaba trabajando en su despacho.

El duque subió la escalera con su ligereza habitual, y penetró en la estancia sin permitir que se le anunciara.

En efecto, Dubois sentado delante de una mesa, trabajaba con tal ardor, que ni aun oyó al duque, el cual después de haber abierto y cerrado la puerta, se adelantó de puntillas y miró por encima de sus hombros el género de trabajo á que se dedicaba con tanto frenesí.

Escribía en una especie de cuadro ciertos nombres, con una descripción detallada al frente de cada uno, cerrándolas con la llave que se suele usar en los escritos.

— ¿Qué diablo estáis haciendo, abate? le dijo el regente.

— ¡ Ah ! ; sois vos, monseñor ! Perdonad : no os he oído venir... sino...

— No pregunto eso, repuso el regente ; pregunto, ¿ qué estabais haciendo ?

— Firmo las esquelas de entierro de nuestros amigos de Bretaña.

— Mas nada se ha decidido aun cerca de su suerte ; ¿ estáis loco ? ¿ y la sentencia del tribunal ?...

— Ya tengo noticias de ella.

— ¿ Está pronunciada ?

— No, monseñor, pero yo la dicté antes de que marchase la comisión.

— ¿ Sabéis, abate, que es odioso y horrible lo que estáis haciendo ?

— ¡ En verdad, monseñor, que no se os puede aguantar ! Ocupaos de vuestros negocios de familia, y dejadme á mí los del Estado.

— ¡ De mis negocios de familia, decid !

— ¡ Pardiez ! sois muy descontentadizo ; ignoro cómo componerme con vos. Me recomendáis al caballero Gastón de Chanlay, y por lo mismo lo coloco en la Bastilla, regalándole como á cuerpo de rey : comidas suculentas, misas encantadoras, un gober-

nador sumamente amable; le dejo agujerear vuestros techos y destruir vuestras paredes, que tan caro nos cuesta reparar después. Desde su entrada, es la Bastilla una fiesta continua: Duménil charla todo el día desde su chimenea; la señorita de Lannay pesca con sedal desde la ventana, y Pompadour bebe vino de Champagne á todo pasto: únicamente Laval es el que usa la lavativa tres veces al día. Pero con respecto á eso no hay nada que objetar, pues son cosas de familia; mas, allá en Bretaña... ¡ah! nada tenéis que ver en ello, monseñor, y os prevengo que no os metáis en nada, á no ser, sin embargo, que tengáis tres ó cuatro hijos desconocidos, lo que es muy posible.

— ¡Dubois! eres un solemne bribón.

— ¡Ah! vos creéis haberlo dicho todo cuando me habéis llamado Dubois, adicionando mi nombre con el epíteto de bribón; pues bien, seré bribón, como queráis; pero tened entendido que sin el bribón hubierais sido asesinado.

— ¿Y qué más?

— ¿Qué más? ¡oh! ¡no hay duda que sois un gran hombre de Estado! En seguida yo sería ahorcado; esto no es más que una suposición; y luego, como consecuencia precisa, madama de Maintenón se vería regente de Francia. ¡Qué bromazo correríamos! ¡Y después, llaman filósofo á un príncipe que dice semejantes sandeces! ¡Oh! ¡Marco Aurelio! ¿no fué éste el que sentó el siguiente absurdo,

monseñor? *Populos esse demum felices, si reges philosophi forent, aut philosophi reges.* En efecto, aquí tenéis una muestra de ello.

Y al paso que Dubois se expresaba de aquel modo, seguía escribiendo sin interrupción.

— ¡Dubois, dijo el regente, no conocéis á ese joven!

— ¿Cuál?

— Al caballero.

— Es verdad; pero ya me lo presentaréis cuando sea vuestro yerno.

— Entonces, lo será mañana, Dubois.

El abate se quedó atónito, con las manos apoyadas en los brazos del sitial y mirando al regente con sus pequeños ojos tan abiertos como lo permitían la exigüidad de los párpados.

— ¡Cómo! monseñor, ¿estáis en vos?

— ¡Bah! es un hombre honrado, y las gentes honradas abundan poco; vos lo sabéis mejor que nadie, abate.

— ¡Un hombre honrado! ¡ah! monseñor, permitidme que os diga que entendéis la honradez de manera bien singular.

— En efecto; creo que ambos la comprendemos de distinto modo.

— ¿Y qué ha hecho de bueno ese hombre honrado? ¿ha envenenado el puñal con que debía heriros? En este caso no había nada que decir: sería más que un hombre honrado, sería un santo.

Afortunadamente tenemos ya en nuestro almanaque á san Jacques Clement, san Ravailiac, y sólo falta san Gastón. Daos prisa, monseñor; ya que no queréis pedir al papa el capelo para vuestro ministro, impetrad de él la canonización para vuestro asesino, siendo por lo tanto lógico la primera vez en toda vuestra vida.

— Dubois, ya te he manifestado que hay pocos hombres que sean capaces de hacer lo que ha hecho ese joven.

— Y es una suerte, por cierto. ¡Diablo! Si hubiese tan sólo diez en Francia como él, os digo francamente que haría al instante mi dimisión.

— No hablo de lo que ha querido hacer, repuso el regente, sino de lo que ha hecho.

— ¡Y bien! ¿qué es lo que ha hecho? Veamos, ya escúcho. Justamente no deseo más que me edifiquen.

— En primer lugar, ha cumplido la promesa que hizo á d'Argensón.

— ¡Oh! esto no lo dudo, es un muchacho fiel á su palabra, y á no ser por mí hubiera dado cumplimiento á la de los señores de Pontcalec, Montlouis, Talhoüet, etc., etc.

— Sí, pero la una era más difícil que la otra; él había jurado no hablar á nadie de su sentencia, y no se lo ha manifestado tampoco á su amada.

— ¿Ni á vos?

— Á mí me ha hablado de ello, porque le he

dicho que estaba enterado, y que por consiguiente era inútil que lo negase. Entonces me ha prohibido el pedir nada para él al regente, no deseando obtener más que una sola gracia.

— Veamos cuál.

— La de casarse con Elena, con el objeto de dejarla una fortuna y un nombre.

— ¡Magnífico! ¡quiere dejar una fortuna y un nombre á vuestra hija! ¿Sabéis que vais á tener un yerno muy cortés?

— ¿Olvidas que esto es un secreto para él?

— ¿Quién sabe?

— Dubois, ignoro con qué te mojarían las manos el día que naciste; mas lo que veo es, que muchas todo cuanto tocas.

— Á excepción de los conspiradores, monseñor; pues me parece que en circunstancias semejantes los limpié bastante bien. Y si no, ved á Cellamare..... ¡Oh! ¡qué bien lo lavé! Dubois por aquí, Dubois por allí... Confieso que el boticario ha purgado perfectamente la Francia de la España. Pues bien; ¿no sucederá lo mismo con los Olivares que con los Cellamares? La Bretaña es la única á quien aqueja una leve dolencia; la recetaremos una buena medicina, y todo se arreglará.

— Dubois, eres capaz de mofarte hasta del Evangelio. Al pronunciar estas palabras el regente se levantó.

— Vamos, vamos, monseñor, dijo Dubois, confieso

que he obrado mal, olvidaba que estabais en ayunas. Veamos la conclusión de la historia.

— La conclusión se reduce á haberle prometido que se pediría al regente la consabida autorización y que éste la concedería.

— El regente cometerá una torpeza.

— No, caballero, reparará una falta.

— ¡ Estamos mejor de lo que queremos! no me faltaba más que saber que debíais una reparación al señor de Chanlay.

— Á él, no, pero sí á su hermano.

— Tanto mejor, esto es más divertido; es la fábula del cordero de Lafontaine: ¿ y qué le hicisteis á su hermano?

— Le arrebaté una mujer que amaba.

— ¿ Quién era?

— La madre de Elena.

— Tanto peor; me permitiréis que os diga que obrasteis mal; porque si se la hubieseis dejado, no tendríamos actualmente entre manos ese malhadado negocio.

— Estas reflexiones no son del caso; lo sucedido ya no tiene remedio; lo que ahora se debe procurar es componerlo como se pueda.

— Cabalmente, estoy trabajando en ello... ¿ Y con respecto al casamiento, monseñor?...

— Mañana se verificará.

— ¿ En la capilla del Palacio Real? Vos estaréis allí, como era costumbre entre los caballeros

andantes: extenderéis ambas manos sobre la cabeza de vuestro yerno; una más que la que él deseaba extender sobre vos; ¡ oh! os aseguro que será un acto muy patético.

— No, no tendrá lugar como dices: se casarán en la Bastilla, y yo me ocultaré en una capilla con el objeto de que no puedan verme.

— Perfectamente, monseñor, desearé acompañaros: es una ceremonia que quiero presenciar. Se dicen unas cosas tan tiernas...

— No, no; me incomodarias. Tu ingrata facha haría descubrir mi incógnito.

— Vuestra hermosa fisonomía os dará á conocer todavía más, monseñor, dijo Dubois inclinándose. En la Bastilla hay retratos de Enrique IV y de Luis XIV.

— ¡ Ah! ¡ adúlador!

— ¿ Se retira vuestra alteza?

— Sí, he dado una cita á de Launay.

— ¿ El gobernador de la Bastilla?

— Sí.

— Bien, monseñor, bien.

— Á propósito, ¿ irás esta noche á Monceaux?

— Tal vez.

— ¿ Tienes disfraz?

— El de la Jonquiere, que ahora uso.

— ¡ Bah! éste no es permitido más que en *Los Toncles de Amor* ó en la calle del Bac.

— Monseñor se deja la Bastilla, en donde tanto

éxito ha logrado; sin contar, añadió Dubois con su sonrisa de mono, los triunfos sucesivos que podrá alcanzar.

— Justo, justo. Adiós, abate.

— Monseñor, él os guarde.

El regente salió.

Dubois una vez solo, se agitó sobre su asiento, se quedó pensativo, rascóse después la nariz, y por último se sonrió.

Esta era la señal de cuando tomaba una gran resolución. En su consecuencia alargó la mano hacia la campanilla y tocó:

Un ujier entró al momento, y Dubois le dijo.

— Mr. Delaunay, gobernador de la Bastilla, va á venir á ver á S. A. monseñor el regente; por lo tanto esperadle á la salida y traedle aquí.

El ujier hizo un profundo saludo y se retiró sin responder.

Dubois volvió á continuar su lugubre trabajo.

Al cabo de una hora, la puerta se abrió de nuevo, y el ujier anunció á Mr. Delaunay.

Dubois le entregó una nota sumamente detallada.

« Leed esto, le dijo Dubois. Os doy las instrucciones por escrito con el objeto de que no tengáis ningún pretexto para separaros de ellas. »

Delaunay leyó la nota con todas las señales de una consternación que iba aumentándose por grados.

— ¡ Ah! caballero, dijo cuando hubo concluido, ¿ queréis que pierda mi reputación?

— ¡ Cómo! ¿ qué decís?

— Mañana cuando se sepa lo que ha pasado.

— ¡ Quién lo ha de decir! ¿ vos acaso?

— No, pero monseñor...

— Estará satisfecho; os respondo de ello.

— ¡ Un gobernador de la Bastilla!

— ¿ Queréis conservar este título?

— Indudablemente.

— Entonces, haced lo que yo ordene.

— Con todo, es muy duro cuando uno está vigilando que le cierren los ojos y le tapen los oídos.

— Mi querido gobernador, id á hacer una visita á la chimenea del caballero Dumesnil, al pavimento del caballero Pompadour, y á la jeringa del conde de Laval.

— ¡ Cómo! ¡ caballero!... ¡ será posible! Mas, me habláis de cosas que ignoro completamente.

— Lo que prueba que sé mejor que vos lo que pasa en la Bastilla; y si os hablase de cosas que sabéis, os admiraríais mucho más todavía.

— ¿ Qué podríais decirme? preguntó el pobre gobernador sumamente confuso.

— Podría deciros que, hoy hace ocho días, uno de los funcionarios de la Bastilla, y de los que ocupan los primeros puestos en ella, ha recibido á toca teja cincuenta mil libras para dejar pasar dos modistas.

— Caballero, eran...

— Sé muy bien quiénes eran, lo que iban á hacer y lo que han hecho: eran las señoritas de Valois y de Charolais: á lo que iban, era... á ver al señor duque de Richelieu; lo que han hecho... ha sido comer bombones hasta las doce de la noche en la torre del Rincón, á donde piensan volver mañana, de tal modo, que hoy mismo la señorita de Charolais ha mandado el aviso al señor de Richelieu.

Delaunay palideció.

« Pues bien, continuó Dubois, ¿ creéis que si yo contase todas estas cosas á su alteza, que es muy susceptible según sabéis, Mr. Delaunay sería mucho tiempo gobernador de la Bastilla? Mas yo no diré palabra, descuidad; es necesario ayudarnos los unos á los otros. Yo así lo hago con vos, Mr. Delaunay; haced vos lo mismo conmigo.

— Estoy á vuestras órdenes, caballero, dijo el gobernador.

— Conque, ¿ lo hallaré todo dispuesto?

— Os lo prometo, caballero; pero nada digáis á monseñor.

— Bien, bien. Adiós, caballero Delaunay.

— Él os acompañe, caballero Dubois.

Y Delaunay se retiró andando hacia atrás y haciendo mil reverencias.

— ¡ Bueno! exclamó Dubois; ahora, monseñor, nos toca á nosotros, y cuando mañana queráis

casar á vuestra hija, no os faltará más que una cosa, esto es, el yerno.

En el momento mismo en que Gastón acababa de trasladar á Dumesnil la carta de la señorita de Launay, percibió pasos en el corredor; en seguida se apresuró á manifestar al caballero que guardase silencio, dió un golpe con el pie para prevenir á Pompadour que estuviera sobre aviso, apagó su luz, y finalmente echó su casaca sobre una silla, para denotar que empezaba á desnudarse.

Entonces se abrió la puerta y entró el gobernador. Como no tenía costumbre de visitar á los presos á aquellas horas, Gastón le lanzó una mirada rápida é inquieta, y creyó notar que estaba turbado; además, Mr. Delaunay, que parecía querer quedarse solo con el joven, tomó la linterna de las manos del que la llevaba, y Gastón percibió que al colocarla encima de la mesa, la mano del gobernador temblaba.

Los llaveros se retiraron, y el preso advirtió que habian puesto dos soldados á la puerta.

Un sudor frío recorrió todo su cuerpo; aquellos silenciosos preparativos tenían cierto no sé qué de fúnebre.

— Caballero, dijo el gobernador, sois un hombre de valor, y como tal os trataré: esta tarde he sabido que ayer os leyeron la sentencia.

— ¿ Y venis á decirme, repuso Gastón con esa

firmeza que manifestaba siempre á la proximidad del peligro, que ha llegado la hora de mi ejecución?

— No, caballero, pero vengo á deciros que se acerca.

— ¿Y cuándo debe tener lugar?

— ¿Queréis que hable con sinceridad y sin rodeos?

— Os lo agradeceré en extremo.

— Pues bien; mañana al amanecer.

— ¿Y en dónde?

— En la plaza de la Bastilla.

— Gracias, caballero: sin embargo, yo tenía una esperanza.

— ¿Cuál?

— Que antes de morir llegaría á ser esposo de la joven que hoy habéis conducido aquí.

— ¿Os prometió esa gracia Mr. d'Argensón?

— No, caballero, únicamente me dijo que interpondría su influjo con el rey.

— Tal vez se lo habrá negado.

— ¿No concede nunca semejantes gracias?

— Es muy raro; no obstante, ha habido algunos ejemplares.

— Caballero, dijo Gastón, soy cristiano, y por lo tanto espero que se me concederá un confesor.

— Ya está aquí.

— ¿Puedo verle?

— Dentro de poco. En este momento creo que le ocupa vuestro cómplice.

— ¡Mi cómplice! ¿y qué cómplice es ese?

— El capitán la Jonquiere.

— ¡El capitán la Jonquiere! exclamó Gastón.

— Está sentenciado como vos, y será ejecutado al mismo tiempo que vos.

— ¡Desventurado! murmuró el caballero. ¡Y yo que sospechaba de él!

— Caballero, dijo el gobernador, sois demasiado joven para morir.

— La muerte no tiene en cuenta los años; Dios la dice: hiere, y obedece.

— Pero cuando uno puede esquivar el golpe con que nos amenaza, es casi un crimen el ofrecerse á ella en holocausto, como vos lo hacéis.

— No comprendo lo que queréis decir.

— Quiero decir, que Mr. d'Argensón os ha debido dar esperanzas...

— Bastantes, caballero; yo no tengo nada que declarar, y os lo digo sinceramente; nada declararé.

Al llegar aquí llamaron á la puerta, y el gobernador fué á abrir.

Era el mayor, el cual cambió algunas palabras con Mr. Delaunay.

El gobernador volvió hacia donde se hallaba Gastón de pie, con una mano apoyada en el respaldo de una silla, pálido pero tranquilo.

Caballero, el capitán la Jonquiere me pide permiso para veros por última vez.

— ¿Y vos se lo rehusáis? respondió Gastón con irónica sonrisa.

— Al contrario, caballero, se lo otorgo, esperando que será más razonable que vos, y que desea veros para entenderse con vos acerca de lo que debéis declarar.

— Si es con este fin por el cual desea verme, señor gobernador, hacedme el obsequio de mandarle á decir que me niego á su demanda.

— Esto sale de mí, caballero, replicó vivamente el gobernador; pero no sé nada; tal vez su petición no tenga otro objeto que el de encontrarse con su compañero de infortunio.

— Si es así, accedo, caballero.

— Voy á tener el honor de conducirlos yo mismo, dijo el gobernador inclinándose.

— Estoy dispuesto á seguirlos, caballero, respondió Gastón.

Mr. Delaunay echó á andar el primero; el joven salió en pos de él, y los dos soldados que estaban en la puerta se colocaron detrás de Chanlay.

Atravesaron los mismos corredores y patios que la vez primera, deteniéndose por último delante de la torre del Tesoro.

Mr. Delaunay apostó los dos centinelas en la puerta, después subió doce escalones, siempre seguido de Gastón, y un llavero que encontraron

en la escalera les introdujo en la habitación de la Jonquiere.

El capitán llevaba el mismo vestido andrajoso, y se hallaba acostado como la primera vez en su lecho.

Al oír que abrían la puerta, se volvió, y como Mr. Delaunay iba delante, sin duda no vió á nadie más que á él, y recobró su primera posición.

— Capitán, creía encontrar á vuestro lado al capellán de la Bastilla, dijo el gobernador.

— Estaba en efecto, pero lo he despachado.

— ¿Por qué?

— Porque no me gustan los jesuitas. ¡Pardiez! ¿pensáis acaso que necesito ningún sacerdote para ayudarme á bien morir?

— Bien morir, caballero, no quiere decir morir con valor, sino cristianamente.

— Si hubiese querido oír un sermón, habría conservado al capellán, que lo hubiera desempeñado tan bien como vos; pero yo no había pedido más que al caballero Gastón de Chanlay.

— Y aquí lo tenéis, caballero; sigo por principio el no rehusar nada á los que nada pueden esperar.

— ¡Ah! ¡sois vos, caballero! dijo la Jonquiere volviéndose; sed bien venido.

— Capitán, le dijo Gastón, veo con sentimiento que os negáis á admitir los auxilios de la religión.

— ¡También vos! si llegáis á decir una palabra



más allá de la otra, os declaro que me hago hugonote.

— Perdonadme, capitán; pero yo había creído de mi deber el aconsejaros lo que yo también haré.

— Mas yo no tengo semejantes deseos, caballero; cuando sea ministro, proclamaré la libertad de cultos. Entretanto, Mr. Delaunay, continuó la Jonquiere rascándose la nariz, debéis tener entendido que cuando uno está ya próximo á emprender un viaje tan largo como el que nosotros vamos á hacer, se desea hablar sin testigos de vista.

— Ya os comprendo, caballero, y por consiguiente me retiro. Señor de Chanlay, tenéis una hora de término para permanecer aquí, pasada la cual vendrán á buscaros.

— Gracias, caballero, dijo Gastón saludando.

El gobernador salió, y Gastón oyó que daba órdenes recomendando sin duda la vigilancia.

Chanlay y la Jonquiere se encontraron por fin á solas.

— ¡Y bien! dijo el capitán.

— Amigo, teníais razón; bien me lo dijisteis.

— Sí, en efecto, repuso la Jonquiere; pero yo soy exactamente como aquel que daba vueltas al rededor de Jerusalén gritando como un energúmeno: ¡Desgracia! Por espacio de siete días dió vueltas gritando lo mismo, hasta que él último una piedra lanzada desde las murallas lo aplastó.

— Sí, ya sé que estáis también sentenciado, y que debemos morir juntos.

— Lo que os contraría bastante, ¿no es verdad?

— Mucho, porque tenía mis razones para conservar la vida.

— Todos tienen las mismas.

— Sí, pero yo más que otros.

— Entonces, querido amigo, no encuentro más que un medio.

— ¿Hacer revelaciones? ¡Jamás!

— No, pero huir conmigo...

— ¡Cómo! ¡huir con vos!

— Sí, yo tomo las de Villadiego.

— ¿Pero sabéis que nuestra ejecución está fijada para mañana?

— Justamente; por lo mismo me escapó esta noche.

— ¿Decís que os escapáis?

— Cierto.

— ¿Y por dónde? ¿Cómo?

— Abrid esta ventana.

— Ya está.

— Sacudid el barroto del centro.

— ¡Dios mío!

— ¿Resiste?

— No, al contrario, cede.

— En hora buena; bastante trabajo me ha costado, á Dios gracias.

— ¡Oh! me parece que estoy soñando.

— Recordad que me preguntasteis si no me divertía también agujereando alguna cosa como los demás.

— Sí, pero me respondisteis...

— Que más tarde os contestaría... He aquí mi respuesta; ved si esto es algo mejor.

— ¡ Excelente! ¿ Y cómo bajaremos?

— Ayudadme.

— ¿ A qué?

— A registrar en mi jergón...

— ¿ Una escala de cuerda?

— Justamente.

— ¿ Pero cómo habéis podido haceros con ella?

— La recibí junto con una lima, dentro de un pastel de alondras, el mismo día de mi llegada.

— Capitán, sois á la verdad un gran hombre.

— Demasiado lo sé; y también un pobre diablo; porque al fin y al cabo podía haberme salvado solo.

— ¿ Y pensasteis en mí?

— Solicité veros pretextando que deseaba entenderme con vos para hacer revelaciones. No ignoraba que los engolosinaria, obligándoles á cometer alguna torpeza.

— Despachemos, capitán, despachemos.

— Al contrario, hagamos las cosas despacio y con prudencia; tenemos una hora de tiempo, y no ha más que cinco minutos que el gobernador ha salido.

— Á propósito, ¿ y los centinelas?

— ¡ Bah! está muy oscuro.

— ¿ Pero y el foso que está lleno de agua?

— Permanece enteramente helada.

— ¿ Y la muralla?...

— Cuando lleguemos á ella, tendremos tiempo de ocuparnos de eso.

— Es preciso atar la escala.

— Esperad, deseo asegurarme por mí mismo de su solidez. No quisiera romperme la cabeza al tratar de impedir que me la corten.

— Sois el primer capitán de la época, mi querido la Jonquiere.

— ¡ Bah! Otras hazañas mejores tengo hechas, dijo la Jonquiere, haciendo el último nudo á la escala.

— ¿ Habéis concluido?

— Sí.

— ¿ Queréis que pase el primero?

— Como gustéis.

— Lo deseo.

— Entonces, á ello.

— ¿ Está muy alto?

— De unos quince á diez y ocho pies.

— ¡ Oh! ¡ es una friolera!

— Si para vos que sois joven, pero para mí es demasiado; por lo tanto, os ruego, prudencia sobre todo.

— Descuidad.

En efecto, Gastón bajó el primero lenta y silenciosamente, seguido de la Jonquiere, que reía bajo su